

LA CRISIS DE INTEGRACIÓN SOCIAL

Rubén Lo Vuolo¹

El Estado moderno está obligado a cumplir con dos funciones básicas y contradictorias: acumulación y legitimación. La función de legitimación depende de la capacidad de las instituciones sociales para representar a la “totalidad” de la sociedad. Esa capacidad disminuye a medida que la sociedad es más desigual porque las situaciones particulares son cada vez más distantes entre sí. Cuanto más gente acumula más fácil es legitimar.

Siguiendo a Habermas, para entender los procesos de crisis de legitimación sirve diferenciar entre “crisis sistémica” (que se derivan de un déficit “técnico” de racionalidad) y “crisis de integración social” (resultante de un déficit “político” de legitimación). Los problemas de integración sistémica se observan en aquellos rendimientos de las instituciones sociales que pueden ser medidos con algún tipo de “objetividad” mediante variables cuantitativas. Por ejemplo, cuando no hay dinero para atender las demandas de extracción de depósitos bancarios por parte del público o cuando las divisas generadas por la economía no alcanzan para pagar la deuda.

Pero una misma modificación sistémica puede concebirse como proceso de “aprendizaje y cambio” o como proceso de “disolución y colapso” del sistema. ¿De qué depende? Sólo cuando los miembros de una sociedad experimentan las alteraciones como una amenaza para su propia existencia y su identidad social, la crisis de racionalidad se transforman en un “déficit de legitimación” y en crisis de integración social. El déficit de legitimación no puede ser resuelto dentro del rango de tolerancia de los principios de organización existentes y asume la forma de desintegración de las instituciones sociales vigentes. Este es el caso de Argentina de los procesos hiperinflacionarios de 1989-90.

¹ Economista, investigador del Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (Ciepp) y docente universitario.

Lo que está pasando en el país puede entenderse como una profunda crisis de racionalidad técnica, derivada de las instituciones construidas al amparo del Plan de Convertibilidad, que amenaza convertirse en una crisis de legitimación y de integración social. La raíz del problema es que las políticas “técnicamente” equivocadas siguen aumentando la desigualdad social y hacen cada vez más difícil representar el interés general, porque el patrón de acumulación cada vez es más contradictorio con el que requiere la legitimación. Ejemplo: no se trata de planes sectoriales de “competitividad” sino de redistribuir ingresos y riquezas para construir un patrón de competitividad sistémica, basado en la productividad social, que incluya a toda la población.

Las nuevas medidas, que cambian todos los días, son otro gran negocio para un sistema bancario que pasó de ser “muy sólido” a reclamar ayuda al Estado que lo alimenta con deuda pública y con una “bancarización” compulsiva que ni siquiera exige disminución de costos y que ni atienden eficientemente. A los siderales costos por uso de tarjetas de débito y crédito, se suma la necesidad de arrendar la instalación de una terminal que, según datos difundidos, tendrían menos de 20% de los comercios y 1 de cada 100 en el interior del país. Muchos ni siquiera tienen línea telefónica. Aunque se permita deducir parte de los costos de impuestos, la mayoría de los comercios son monotributistas. Mientras se consolida la transferencia de los ahorristas a los bancos, sigue ausente la financiación al sistema productivo en una imparable depresión económica. ¿Dónde están los beneficios de la extranjerización de la banca?

En este descalabro, se decreta el fin de la economía informal, que en muchos casos es de subsistencia, mientras se levantan deudas impositivas de los grandes evasores. El Ministro Cavallo sólo sabe “gobernar” imaginando negocios de unos a costa de otros. Hasta el FMI le dijo que sus números fiscales eran un mamarracho, que lo que tiene que hacer es subir la recaudación y que el canje de la deuda debiera haberlo hecho recortando capital y pagando menos intereses.

Mientras tanto, los depósitos y las reservas peligrosamente erosionados se quedarán esperando que se levante esté corsé “transitorio”. Por las dudas, algunos se aseguraron transferencias de recursos para sus bolsillos mientras piden “consenso”, como si las palabras pudieran aliviar las causas estructurales de una crisis de integración social que alimentan con sus prácticas cotidianas.